

dadanos, que el hecho de dirigirse al Supremo Gobierno, para que tome medidas hostiles contra las Comunidades religiosas, después de haber combatido contra los MISIONEROS del Ucayali, y observando ahora que dichas medidas deben estar en armonía con LA SITUACIÓN ACTUAL DEL PAÍS, envuelve, cuando menos, una descortesía y falta de respeto á la primera autoridad de la República. El Supremo Gobierno, desde la altura en que se encuentra colocado, no puede mirar tan bajo, ni en un círculo tan mezquino, como el *Revistador* de *El Perú*.

Creemos que nuestros lectores habrán comprendido nuestro pensamiento. Si no lo aclaramos más, es porque no queremos traicionar el secreto que el señor *Revistador* guarda, acerca de las medidas que debe tomar el señor Secretario del Culto. Esperamos que el señor *Revistador* se digne proponerlas: en este caso les consagraremos una preferente atención.

Hemos terminado. Al concluir debemos expresar al señor *Revistador* de la prensa de *El Perú* nuestro más ferviente deseo:—que se apacigüe lo más pronto la *monocofobia* que devora sus entrañas: porque estamos seguros de ello—esta maldita enfermedad es la que ha puesto en sus ojos las tinieblas y en su corazón la mala fe.



El Ilmo. Obispo de Puno

MUY vivas y sobremanera dulces han sido las emociones de nuestro corazón, al escuchar el último adiós del ilustre Prelado á sus numerosos amigos.

Renunciamos á describir su despedida, porque fue dolorosamente sublime é inefablemente tierna: estuvo acompañada de la silenciosa solemnidad del dolor y del irresistible encanto de la ternura.

Pero no podemos renunciar á la necesidad de hacer algunas reflexiones acerca de este hecho singular.

¿Por qué han rodeado al ilustre Pastor tantas personas de todas clases y condiciones sociales, en el momento de su separación?

¿Por qué se han encendido todos los ojos y han rodado lágrimas por todas las mejillas, en ese instante supremo é indefinible de la despedida?

¿Por qué le ha tributado la sociedad un homenaje tan espléndido?

¿Quién es el raro personaje que así atrae las miradas de todos?

¿A donde vá, y por qué deja á todos los corazones en doloroso quebranto?

Para responder á estas preguntas, se hace necesario traer á la memoria interesantes recuerdos.

Ocupaba el trono de Santo Toribio el Ilmo. señor Dr. D. Francisco Javier de Luna-Pizarro, de grata y feliz

recordación. El Seminario de Lima estaba clausurado: no se escuchaba en sus aulas la voz de la ciencia, ni en su templo la voz de la religión: todo era allí triste soledad y deplorable abandono. La santa Iglesia gemía en silencio, llorosa y abatida, porque estaba sin cultivo el semillero del Santuario.

El venerable Pastor se anonadó entonces en la presencia del Altísimo, llevó su queja hasta el solio de la Majestad divina, y mereció una promesa de consuelo; le fue dicho: "ten fe; nada temas."

Entretanto, un joven levita trepaba, con pie vacilante y tímido paso, la montaña del sacrificio.

El sabio Pontífice le ungió las manos; penetró con una mirada su generoso corazón, y vio que estaba templado en la fragua del heroísmo. Entonces lo llama y le dice: "Ve á restaurar el Seminario de Lima: Dios así lo quiere; ten confianza; él será tu guía, tu escudo y fortaleza". Y el nuevo sacerdote siente que se agita en su pecho la llama del sacrificio—y responde, lleno de entusiasmo: "Iré, si esta es la voluntad del Cielo".

La promesa divina había tenido cumplimiento.

Doce jóvenes fueron la semilla confiada á su cuidado.

Pasaron diez siete años, y la sociedad contempló admirada un árbol corpulento, que se alza majestuoso en el campo del Señor, cobijando bajo su sombra á los elegidos del Santuario y dando sazonados frutos á la Iglesia y á la Patria. Era que la bendita simiente se convirtió en tierna planta, y el solícito hortelano le prestó la luz de su espíritu, la vivificó con el calor de su corazón y la regó con el sudor de su frente, hasta que llegase á adquirir tan colosales proporciones.

Durante este tiempo, demostró el joven Vicerrector de cuanto era capaz su espíritu emprendedor y generoso.

¡Cuántos trabajos, cuántas fatigas, cuántas priva-

ciones, no tuvo que sufrir para llevar á feliz término la regeneración del Seminario! Abandonó por completo las delicias del hogar y de la amistad, para entregarse con ardor á la educación de la juventud. Este era su único ensueño, su única ambición. Si quisiéramos reducir á una sencilla frase todo lo que ha hecho en favor del Colegio, diríamos con entera conciencia y sin temor de engañarnos: el Seminario le debe cuanto tiene.

Si se trata de los frutos de su celo, ahí están, á la vista de todos. Eclesiásticos distinguidos, abogados de luces y probidad, médicos de justo renombre y merecida fama han sido formados y educados por él. Es preciso cerrar los ojos voluntariamente, para no ver en todas partes la huella de sus beneficios.

Si el Seminario no puede olvidar nunca á su ilustre benefactor, porque su nombre y su historia le pertenecen por completo, la generación actual tampoco puede olvidarlo, sin mentirse á sí propia escandalosamente.

El Ilmo. señor Obispo de Puno, como regenerador del Seminario, es una figura histórica contemporánea de las mas importantes. La sociedad de hoy no puede medir su altura, ni apreciar su fisonomía, ni delinear sus contornos: la densa polvareda que levantan las pasiones turba sus ojos para que no vea, y el ruido de las armas con que lucha porfiada y tenazmente cierra sus oídos para que no oiga. La posteridad, sí, que la verá destacarse pura y majestuosa, en las sombras de lo pasado, y se inclinará reverente ante el pedestal de su gloria.

Sin embargo y á pesar de esto, la importancia de la obra y la trascendencia del beneficio se han hecho sentir lo bastante para que el Ilmo. Prelado haya merecido las bendiciones de la Iglesia, la gratitud de su Patria, el respeto y aprecio de los particulares.

Otros muchos merecimientos ha atesorado el ilustre Pastor, en la época de su sacerdocio. Uno, entre mil,

es la constancia infatigable con que ha tronado contra los avances de la demagogia desde la Cátedra sagrada. Esa hidra espantosa, que adula á los pueblos para morderles el corazón, fue siempre confundida y aplastada por su robusta palabra. Inútil es decir hasta qué punto ha servido, con esta conducta, á los grandes y vitales intereses del Estado.

He aquí la razón de que, en el momento de partir para su diócesis, haya sido objeto de tantas y tan singulares muestras de respeto y adhesión.

Entretanto, nosotros, que hemos venido contemplando, durante doce años, su heroica abnegación, tenemos la certidumbre de que nuestra pluma, al trazar el boceto de su respetable persona, si no ha empañado su mérito, no lo ha enaltecido debidamente.



Viernes Santo

HACE diecinueve siglos que el mundo contempló asombrado la porfiada y sangrienta lucha, que se realizó entre el odio de los humanos corazones y el amor de un Dios misericordioso.

¡Lucha singular! en que el vencedor llevó sobre sí las ignominias de la derrota y el vencido ciñó su frente con los laureles del triunfo!

¡Combate sin igual! en que gana la pelea el combatiente que muere y la pierde irremisiblemente el combatiente que vive!

¡Batalla nunca vista! en que el triunfador huye avergonzado, dispersa sus legiones sobre el haz de la tierra y es el ludibrio y burla de las gentes; mientras que los restos mortales de su enemigo quedan, como único dueño y dominador del campo, atraen al rededor de su sepulcro á los pueblos y á los individuos, y reciben adoraciones de uno á otro confín del universo.....

Hace diecinueve siglos, en efecto, que el pueblo judaico, ciego de entendimiento y duro de corazón, llevó á un patíbulo afrentoso á la Sabiduría del Padre, vestida de nuestra carne!

¡¡¡Horrenda ingratitude!!!

El pueblo de Israel, libertado por Dios de la ominosa esclavitud de los egipcios, enseñado, visitado y consolado por El; á quien el Señor mimó como una madre

puede hacerlo con el fruto de sus entrañas; ese pueblo, ebrio de furor, se precipitó sobre el Hombre—Dios, como se precipita un impetuoso torrente que corre al abismo; destrozó con sus propias manos sus purísimas carnes; enrojeció sus vestidos con su preciosa sangre; se mofó con sacrílega lengua de sus agonías y aclamó su muerte con frenético entusiasmo.....Pero no; hizo más todavía: irguió su cabeza para mirar de frente el solio de Jehová; desafió con insensato orgullo á la terrible y vengadora espada del Dios de las justicias; y gritó batiendo sus palmas tintas en la sangre del Justo: ¡Que caiga sobre nosotros la maldición divina! ¡No importa! Lo que importa es que Cristo muera, y muera crucificado!.....

La imprecatoria blasfemia fue escuchada. Dios, eterno, inmutable, impasible, desde su trono de luz y de gloria, habló y dijo: ¡Maldición terrible! ¡eterna maldición sobre este pueblo ingrato y prevaricador!.....

¡Maldición! repitieron entonces los coros de los ángeles, en tono de alabanza;

¡Maldición! rugió la bramadora furia del inmenso mar;

¡Maldición! silbó horriblemente el poderoso aliento de los huracanes;

¡Maldición! exclamó la robusta voz de la tempestad, con ronco y aterrador acento; y los montes y los valles repitieron esa palabra de exterminio; y hasta en las hondas concavidades del abismo resonaron sus fúnebres y prolongados ecos.....

¡Maldición! Si: ¡eterna y terrible maldición! han seguido repitiendo todos los siglos y todas las generaciones; y hasta el ángel custodio de los sepulcros la ha pronunciado, con triste y doloroso acento.....

Entretanto, el ingrato pueblo de Israel no vive sino para sentir sobre sus hombros su peso abrumador; no tiene memoria, sino para recordar su crimen, que,

á manera de un sangriento espectro, pone en su corazón el miedo y el espanto; ni tiene ojos, sino para ver las amontonadas ruinas de la ciudad santa y la deplorable desolación de su destruído templo; ni tiene oídos, sino para escuchar el llanto de los caminos de Sion, porque no hay quien los transite, los tristes gemidos de sus sacerdotes y los amargos suspiros de sus vírgenes de escuálido y demacrado semblante; ni tiene pies, sino para andar errante siempre y en todas partes, siendo objeto de oprobio y execración para las gentes.

¡Pueblo infame y criminal! Provocaste con desfachada soberbia la cólera divina, y el Señor ha derramado sobre tí el cáliz de su venganza y de su indignación.

Tú lo has querido ¡pueblo deicida! ¡maldito seas, pues, de Dios y de los hombres en toda la prolongación de los siglos y en todos los ámbitos del mundo!.....

Volvamos ahora los ojos hacia la montaña del Calvario; contemplemos al Salvador de los hombres clavado en una cruz por los pecados del mundo; allí está: suspendido entre el cielo y la tierra, como centro único y universal de todas las cosas. El Rey inmortal de los siglos está asentado en su trono de ignominia; el Maestro divino, desde lo alto de la cátedra en que se ha instalado, habla, enseña; y los ángeles y los hombres y los elementos todos lo escuchan con religioso pavor..... Entretanto, las horas pasan y sus agudos dolores y sus crueles agonías arrecian por instantes..... llega por fin el momento decretado en los consejos del Altísimo. Jesús muere y la creación entera se estremece: el Sol, que bebía la luz en sus divinos ojos, se oscureció, cuando esos ojos apagaron su brillo. Las tempestades, que dormían en el seno de las nubes y en las entrañas de los mares, se desataron con horrible furia y fragoroso estruendo; y lo hicieron, porque se había extinguido la poderosa voz que sosegaba los impetuosos vientos y aplacaba las irritadas olas; los descarnados esqueletos

abandonaron sus sepulcros, y señalando con el dedo la ensangrentada montaña discurrieron por Jerusalén, graves, tétricos, silenciosos, como sombras evocadas del abismo por el poder de un conjuro;... .. los ángeles del cielo plegaron sus doradas alas, doblaron su hermosa cabeza, se postraron humildemente y adoraron en silencio.....

¡Oh inefable y profundísimo misterio! yo también te creo y te adoro.

Tiempo es ya de que penetremos los designios del Omnipotente.

El mundo pagano grosero y carnal, veía en la humillación un motivo de desprecio, y en la muerte, el supremo mal entre todos los males; y Dios, que se complace en confundir la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes, encontró en los inagotables tesoros de su infinita ciencia la manera de probar al mundo cómo del abatimiento resultaba la gloria, y cómo la muerte era el secreto de la vida.

¡Oh Señor! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios y cuán inescrutables tus caminos!

El Verbo del Padre tomó carne, se humilló á sí mismo, se hizo obediente hasta la muerte, y quedó consumada la redención del linaje humano, satisfecha la divina justicia, ensalzado el hombre y glorificado Dios.

De este modo hizo la Sabiduría infinita que el crimen más horrible, cometido por el hombre, se convirtiese en el más grandes de los beneficios que Dios le ha dispensado.

Humillémonos de nuevo en la presencia del Señor, y pegada la frente en el polvo de la tierra, reconozcamos que son impenetrables sus altísimos designios y muy escondidos sus misteriosos caminos.

La Iglesia nuestra madre, sacratísima esposa de Jesús, porque tuvo cuna en la herida de su corazón, Maestra sapientísima, que tiene su cátedra mucho más

alta que los encumbrados tronos de los Monarcas de la tierra, nos recuerda, cada año, la dolorosa pasión y muerte de nuestro divino Redentor. Y lo hace, no sólo para excitar en los cristianos sentimientos de amor y gratitud hacia el Dador de todo bien, sino muy principalmente para refrescar la memoria de importantísimas verdades.

La Iglesia se propone recordar á los hombres, y en particular á los poderosos del mundo, que se equivocan muy mucho cuando creen que la humillación y el abatimiento son cosas propias de espíritus apocados y corazones mezquinos; que la obediencia no sienta bien sino en almas degradadas y abyectas; que las tribulaciones de esta vida son la herencia reservada á los pobres y á los miserables.

Ved, les dice, á Jesús crucificado; vedlo humilde, obediente, atribulado; y contempladlo después radiante de gloria y de hermosura á la derecha de su Padre y recibiendo los homenajes, que le tributan de rodillas los cielos, la tierra y los abismos.

Humilláos, pues, aunque sea ilustre vuestra cuna ó elevada vuestra posición.

Obedeced, aunque llevéis en vuestras manos la vara de la autoridad.

Aceptad resignados la cruz de las tribulaciones, aunque á ello se opongan vuestras riquezas y comodidades.

Esta enseñanza de la Iglesia no es otra cosa que la profunda teoría de la expiación, piedra angular del Cristianismo y que nunca deben olvidar las sociedades humanas y los individuos que las forman.

Supuesta la inmutabilidad del orden moral, es imposible romper su justo equilibrio, sin ser condenado á restablecerlo en el mismo grado y en la misma forma. La expiación, pues, en cuanto repara el orden trastornado, es de todo punto infalible y absolutamente inevi-

table, siendo de notar que, si es aceptada voluntariamente, restaura el orden, purifica al delincuente y da gloria á la divina Justicia.

La pasión y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, miradas bajo este punto de vista, no son sino la expiación voluntaria del Hijo de Dios por los pecados del mundo, ya que el mundo era incapaz de aplacar la cólera divina.

La Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, enclavada en la cima del Gólgota por la ingratitud de los Judíos, está enseñando, con irresistible elocuencia, á todos los hombres y á todos los pueblos que nadie delinque impunemente; que la expiación voluntaria es el camino de la gloria; y por último, que siendo inevitable esa expiación, cuando no es aceptada como remedio, es infligida como castigo.

¡Dios quiera que esta lección, recibida de los labios de un Dios moribundo, sea fecunda en provechosos resultados para la ventura y felicidad de los hijos de Adán!



Universidad de San Marcos

EN la sesión universitaria, que realizó el 10 del actual (1), con el objeto de abrir solemnemente los cursos de las diferentes facultades, pronunció el Sr. Dr. D. Celso Bambarén el discurso de apertura, que de antemano se le había encargado.

El señor Bambarén se permitió afirmar, en el principio de su discurso, que **“el advenimiento de la paz era la llegada del Mesías”**.

Me propuse contestar á esa proposición, porque era una impiedad y una herejía; porque envolvía el desconocimiento de la civilización cristiana; porque era un insulto á la humanidad, que ha levantado altares al verdadero Mesías, Cristo Jesús; porque era una afirmación insensata, opuesta por una razón orgullosa á la tradición de 19 siglos y á la enseñanza de la historia; porque era un ultraje á la Universidad de Lima, cuyo mayor timbre de gloria es adorar á Jesucristo, como el Mesías prometido;—por eso me propuse contestar.

Pedí la palabra al señor Rector, y al punto me la concedió. Me indicó además que tomara la tribuna. Lo hice así; y una vez en ella, levantó su voz el señor Ulloa, para decir que el objeto de la reunión del Claustro ha-

(1) Abril 11 de 1886.

bía sido únicamente la apertura de los cursos universitarios; y que, por esta razón, no se me podía conceder el uso de la palabra.—Repuse al señor Ulloa que había pedido la facultad de hablar al señor Rector, que me la había otorgado. El señor Rector, cediendo de su derecho y retirando su palabra, dijo que se consultaría al Claustro. Accedí á esta indicación de S.S., y bajé de la tribuna para que se discutiese el punto en cuestión. Entonces, con gran sorpresa mía y de los concurrentes, el señor Rector, echando á un lado la dignidad de su puesto y el respeto que debía á su palabra, declaró abiertas las clases del año escolar de 1866 y levantó la sesión.

Me abstengo de hacer todo comentario sobre este desagradable incidente, porque el público me negará la imparcialidad, como que he sido ofendido y se ha violado mi derecho.

Me complazco de haber recibido este desaire, en cambio de la estricta moderación que me impuse y de la fe que presté, lleno de confianza, á la palabra del señor Rector. Yo no sé dudar de una palabra tan autorizada.

Lo que siento de todas veras es la punible debilidad del señor Rector que ha mancillado el decoro de su alta posición, por acceder á los deseos de quien ni siquiera le pidió venia para tomar la palabra;—y lo siento tanto más, cuanto que hechos de esta naturaleza amenguan la honra de la Universidad y empañan el brillo de su nombre.

Entretanto, me creo en el deber de decir á la sociedad entera lo que el señor Ulloa no quiso oír en el salón de la Universidad. Estoy en mi puesto: ni él, ni nadie pueden imponerme silencio.

Subí á la tribuna universitaria, para protestar enérgicamente, en nombre de la Facultad de Teología, cuyo representante era, contra la tesis del Sr. Bamba-

rén; para quitar á la Universidad el baldón de ignominia con que uno de sus miembros pretendió cubrirla; para defender los intereses de la ciencia, vulnerados en su propio nombre y en su mismo santuario; para recoger esa negación atrevida del Cristianismo y de la Iglesia y echarla en rostro á su propio autor; para reparar, por último, el honor de N. S. J. C. herido por un labio ingrato, en el seno de una asociación católica. Todo esto era preciso hacer para contestar á esta proposición: **“El advenimiento de la paz universal es la llegada del Mesías”**.

Debí decir, para terminar, al señor Bambarén, que había traicionado la confianza de la Universidad; que si él era judío, como lo revelaba su discurso, la Universidad era cristiana y se gloriaba de serlo; y, finalmente que hacía votos porque no sufriese el castigo reservado al pueblo judaico y á sus desgraciados sectarios.

Esto quise decir; y lo digo ahora, con entera libertad.

Abandono completamente al juicio de los hombres sensatos la apreciación de mi proceder.

